

SAGA / FUGA

HACE YA TIEMPO QUE LA COLECCIÓN Libros Salvajes de Errata Naturae, con sus volúmenes tan bellamente publicados, nos hace viajar por ese otro lugar del mundo donde aún habita el silencio y donde la naturaleza puede contemplarse en estado casi puro. Es una colección fundamental para entender el giro que debe tomar el planeta, antes de que sea demasiado tarde (desgraciadamente, para algunos, ya empieza a serlo).

Por otra parte, la colección pretende recoger una moderna sensibilidad: la vida natural debe recobrar el contacto directo con la naturaleza, lejos de la progresiva alienación de las ciudades. Es una lucha que viene de muy atrás, que tiene antecedentes literarios en los clásicos e incluso en la Edad Media, donde lo natural estaba tan a mano, pero que estalla especialmente con las ideas de los Románticos, particularmente los alemanes y los ingleses. Los nuevos destellos de lo que se ha dado en llamar 'nature writing' están en consonancia con el auge de las teorías ecocríticas, que, por supuesto, van más allá de lo literario. Se trata de una reinterpretación del mundo.

Con gran fuerza, y esta colección de libros de Errata Naturae lo demuestra, el sentimiento ecológico, la defensa de la vida libre en contacto con la tierra, vuelve de nuevo, y lo hace también a través de piezas literarias que formulan esa comunión natural con serenidad y equilibrio, no con una intención terapéutica, sino complaciéndose en la descripción de lo que el autor ve en sus paseos por el bosque o por las montañas. Nada que no hiciera Wordsworth.

Un regreso a los Románticos, y particularmente a los poetas lakistas ingleses, como se les ha llamado, nos hace visitar a William Wordsworth como uno de los profetas de la modernidad. Su visión del mundo natural se despliega a través de una poesía de altísimos vuelos, ejemplo perfecto de los ideales de libertad de la época romántica. En esa pasión del poeta, que cuenta la comunión con la tierra sin añadir más elementos (Coleridge sería más turbulento

Volver a la tierra: entre Cairngorms y Sand County



JOSÉ MIGUEL GIRÁLDEZ

y tenebroso), está el germen de la moderna literatura próxima al ecologismo y al activismo medioambiental. Wordsworth es un pionero que puede hablar de la belleza universal (y muy local al tiempo) de los narcisos, o de la abrumadora grandeza de las montañas alpinas, que tanto le inspiraron.

Nadie pone en duda el magisterio de Emerson o de Thoreau en estos asuntos: desde Norteamérica, o mejor, desde Massachussets, nos llegaron dos grandes lecciones del naturalismo decimonónico, particularmente 'Walden', la más influyente de todas (también incluida, junto a otras obras del autor, en las colecciones de Errata Naturae, como no podía ser de otra forma).

El pionero de la ética ecológica y autor de esa filosofía conocida como 'pensamiento salvaje' mantiene intacto su magisterio, reconocido por todos los grandes del 'nature writing' que ahora mismo se abren camino con indiscutible éxito.

Una combinación de Walden y del espíritu de William Wordsworth creo encontrar en dos figuras también sobresalientes que hace apenas una semana ha recuperado Errata Naturae. Una de esas

figuras es Aldo Leopold, con la publicación íntegra, por primera vez, de 'Un año en Sand County'. Este es un tipo de títulos que describe muy bien las intenciones del autor. Lo que vamos a encontrar es sus páginas es un conjunto de observaciones, descripciones, sensaciones y pensamientos, contruidos a lo largo de varios meses, pero esa narración pausada y tranquila nos lleva inexorablemente al propio territorio descrito, y nos hace partícipes de él. El libro de Leopold marcó una época, y está lejos de ser meramente descriptivo.

MUY AL CONTRARIO, LA CRÍTICA y la opinión se dejan sentir. Es un libro abiertamente ecologista, hermoso, página a página, donde el autor transmite con nitidez su activismo permanente, hasta el punto de que, como es bien conocido, murió de un ataque al corazón tratando de extinguir un incendio forestal. Este es el tipo de narraciones que deberíamos leer para prevenir la destrucción de nuestro mundo. Y Aldo Leopold sabía bien que la destrucción de la naturaleza significará la desaparición de nuestra especie (y de tantas otras).

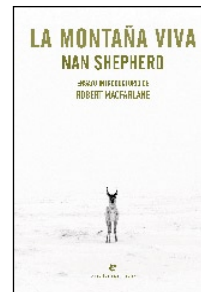
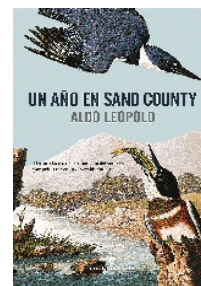
Además de su carácter crítico, 'Un año en Sand County' es un bellissimo texto que describe con emoción lo que supone vivir en contacto con lo salvaje. Leopold cuenta con pulso poético cómo la vida pasa, mes a mes, inexorable en sus cambios estacionales, envuelta en su lucha cotidiana, mientras la muerte propicia la renovación y el cambio permanente. Ese gran ciclo de la vida es descrito por Aldo Leopold (y con ayuda de las excelentes ilustraciones de

Charles Schwartz) en el entorno de Wisconsin y los humedales alemanes, pero también en Illinois, Arizona, Nuevo México o Sonora.

Lo que se describe es, sobre todo, una forma de vida, una manera de mirar. Y la sensación no es otra que la de una mirada zen, esa mirada capaz de seguir los gansos, "que proclaman las estaciones en nuestra granja", que retornan sin esperar otro espectáculo que merezca más la pena, pues en ellos hay más belleza que en mil pantallas iluminadas. Sin duda, tenemos una joya entre las manos.

El espíritu de la montaña que anidaba en Wordsworth, pues los Alpes nunca le abandonaron (como tampoco el paisaje del Lake District), se parece mucho al que Nan Shepherd nos muestra en la excelentísima novela (narración, lo que sea) 'La montaña viva', lo último que escribió y que tuvo más de cuatro décadas guardado en un cajón. De nuevo, un regalo para los sentidos.

De nuevo, un viaje maravilloso, alrededor, también, de nosotros mismos. Y con un prólogo largo y preciso de Robert MacFarlane, que es figura sobresaliente en esto de la 'nature writing' ('Mountains of the Mind'). Nacida, como Leopold, muy a finales del siglo XIX, Shepherd nos llena aquí de esa maravillosa lentitud que supone caminar una a una las montañas de la región en que nació, en Escocia. Los montes de la cordillera de Cairngorms, que ella conoce como si fuera su propia habitación, desfilan ante nosotros en su granítica presencia. Nan hace un hogar de estas montañas. Un hogar acogedor, saludable, donde la transparencia del agua y el vientre de la montaña construyen toda una arquitectura para la vida. 'La montaña viva' se recrea en los detalles, en las grietas de los montes, en la luz, en los insectos, y uno no puede dejar de pensar uno de los



libros favoritos de los últimos años, el aclamado 'Una temporada en Tinker Creek' (también en Errata) de Annie Dillard.

De la pasión por la contemplación, por la comunión con la tierra, de la emoción por el agua, los pájaros, los árboles, o la nieve, surge esa literatura que envuelve al lector en sensaciones próximas a la filosofía zen (que influyó en Shepherd), un mundo en el que todo está conectado, como nos recuerda MacFarlane. Es verdad que tiene algo de libro del

paseante, o del senderista, pero en realidad se trata de toda una aproximación filosófica (y real, desde luego) a la montaña a la que Nan dedicó toda su vida. Su amigo Neil Gunn, el gran escritor escocés, vio en este libro algo muy digno de ser publicado (Shepherd había dado a la imprenta tres novelas siendo muy joven), pero esta vez no hubo suerte. Sólo en 1977 el libro vio la luz. El mismo año, subraya MacFarlane, en el que aparecieron otros libros importantes en el universo de la 'nature writing'. Particularmente, 'El leopardo de las nieves', de Peter Matthiessen, o 'En la Patagonia', de Chatwin. 'La montaña viva', como también 'Un año en Sand County', se nos antojan historias imprescindibles que llenarán de luz los próximos meses de primavera. Son obras maestras, así que no deberían perderselas. Y tiene mucho sentido que, en estos preocupantes tiempos que corren, libros así vuelvan a nosotros con toda su increíble energía.

Nan Shepherd. La montaña viva. Ensayo introductorio de Robert MacFarlane. Traducción de Silvia Moreno Parrado. Editorial Errata Naturae, 2019. 190 págs. 19,50€

Aldo Leopold. Un año en Sand County. Traducción de Ana González Hortelano. Ilustraciones de Charles W. Schwartz. Editorial Errata Naturae, 2019. 362 págs. 21€

TRIBUNA LIBRE

Lo que desde arriba no se ve son las fronteras. (Serguei Krikalev, astronauta ruso)

UNA FRONTERA ES SIEMPRE una línea irregular que cruza bosques, ríos, sombras, seres humanos y convivencias. Es un convencionalismo interesado e impuesto a una realidad geográfica indivisible y a una historia común. El que controla el mapa es quien ostenta el poder. Esto es potestad de políticos y de voraces empresarios, no de cartógrafos.

El ser humano ha migrado desde sus inicios. La migración escogida es libertad, todo lo

Fronteras humanas



ALBERTO BARCIELA

PERIODISTA

contrario de la inmigración impuesta, de forma natural, por las catástrofes o las hambrunas naturales y, forzada, por la política dictatorial, con sus guerras e intereses comerciales.

Instalarse en un lugar distinto de donde se vivía dentro de un país, en busca de mejores medios de vida, más recursos y respeto, es responder a un afán de supervivencia innato. Con cada

patera, o en el cruce forzado de una frontera, en los más de 68 millones de personas desplazadas en el mundo naufraga la humanidad.

Los inmigrantes, asistidos o no, reinstalados o no, han dejado atrás obligatoriamente sus hogares -posiblemente destruidos-, sus familias y amigos -normalmente dispersos, cuando no fallecidos en actos terroristas o combates inútiles-, sus recursos económicos, sus culturas, sus paisajes. Los afortunados habrán sido reinstalados en países extraños, acogidos con una cierta dignidad; los más logran so-

brevir apenas con un puñado de arroz y algo de agua y leche, radicados en campamentos de refugiados, en los que se oculta buena parte de la hipocresía internacional. De los otros, ni se sabe.

Los desplazados conforman la metáfora perfecta de la periferia. Se instalan en la frontera real entre la nostalgia y el día a día. Desprendimiento y rencor son el resultado.

Los inmigrantes son naufragos en un mundo que tras fronteras humanas se presume civilizado. Muy pocos alcanzan a entender a la otra orilla.